

los aulad solimanés y compañeros. Estas interposiciones aumentan naturalmente la dificultad de descubrir en esta mezcla elementos verdaderamente autóctonos tanto más cuanto que en el sistema de vida y en las cualidades antropológicas no vemos diferencias bastante marcadas para poder encontrar una verdadera estratificación étnica. Ciertamente el grupo de pueblos conocidos por el nombre de keribinas, á quienes la tradición supone resto de los sos, es decir «pueblos aborígenes,» ocupa una posición especial y propia en cuanto se dedica casi exclusivamente á la caza y se ve por ello obligado á vivir disperso y á llevar una vida nómada; pero Nachtigal añade á esto que una sección de ese grupo con la cual vivió una temporada se servía del idioma logonés y que «si bien aquellas gentes ofrecían en conjunto algunas particularidades» no le fué á él posible descubrir las cualidades que de sus vecinos les distinguían. Apenas puede considerarse como rasgo especial de ellas el hecho de que á pesar de profesar el islamismo cazan y comen con gran afición el jabalí. La mayor acentuación del carácter negro parece ser lo único que siendo común á todas esas tribus les diferencia de los kanuris. Nachtigal describe á los makaris como figuras pesadas con tendencia á la gordura, de un color generalmente oscuro y de facciones irregulares, tardos en el pensar y en el obrar, pero laboriosos y no desprovistos de inteligencia. Según las descripciones de este y de anteriores autores, son muy parecidos á ellos los mangas, únicos habitantes del Bornú propiamente dicho que, además de los musgus de la frontera meridional (véanse los grabados de las págs. 268 y 269), se sirven del arco y de la flecha y tienen á más como arma una pequeña destal de combate que llevan á los hombros. Sus mujeres, al igual que los hombres tebús, ocultan sus rostros tras oscuros velos y los varones llevan generalmente como traje único un delantal de cuero. Estas tribus residen al Norte del alto Komadugu Jobe. En las comarcas meridionales del Bornú propiamente dicho habitan los gamergus, afines de sus vecinos los mandarás, á quienes sólo separa de los mangas una pequeña diferencia de dialecto. Al igual que ellos rebasan las fronteras del Estado los haussas que habitan compactos en las provincias de Gumel y de Sinder, lo propio que los beddes residentes en las fronteras occidentales, sólo á medias sojuzgados é idólatras en su mayor parte, y los musgus, también idólatras, algunos de cuyos caudillos han abrazado el islamismo y reconocido la soberanía de Bornú.

Aunque en estos territorios fronterizos á consecuencia de los choques entre los sometidos á medias y los bornuanos no reina gran seguridad, hay numerosas colonias y familias sueltas fulbes aptas para avanzar entre los idólatras. Los primeros fulbes fundaron á mediados del siglo décimo-sexto algunas colonias en Bornú y á pesar de que el fanático jeque El Kanemí arrojó del país á una gran parte de ellos, quedan todavía algunas agrupaciones aisladas de fulbes en el corazón del reino.

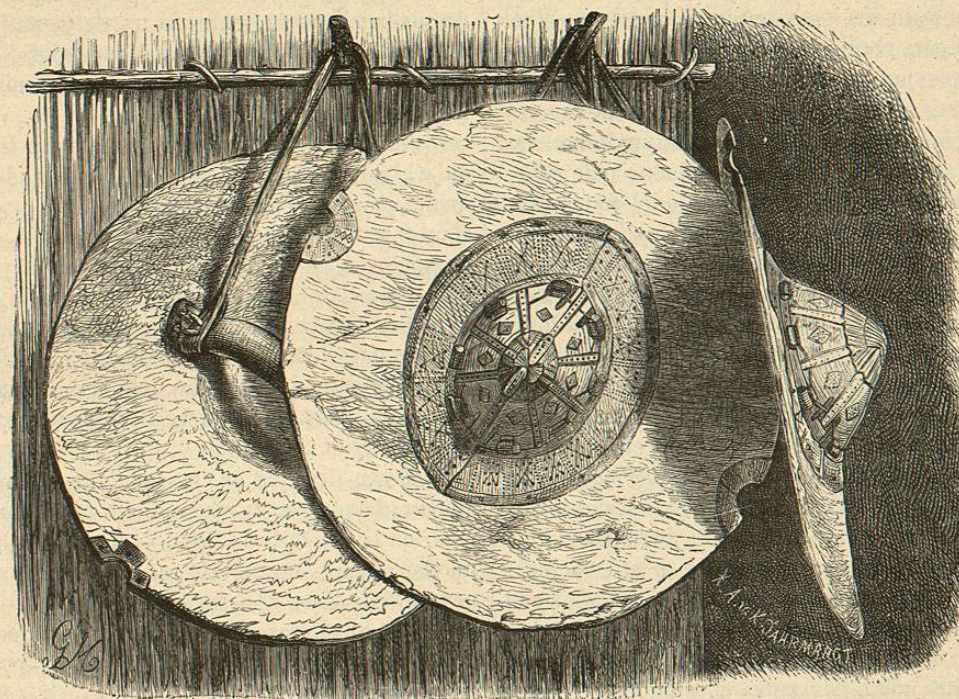
Nachtigal consideró extraordinariamente difícil calcular el número de almas de esa abigarrada población y hubo de aceptar el cálculo de Barth, que estima en 5 millones la población total de Bornú, en las proporciones siguientes: los kanuris con 1 y $\frac{1}{2}$ millón, los kanembus, los kojanes y tebús, los makaris con los keribinas y los musgus más septentrionales, los manges y los sojuzgados beddes con $\frac{3}{4}$ de millón cada uno de estos grupos, y con $\frac{1}{4}$ de millón cada uno los mandalas (mandarás) y los árabes, los tuaregs, los dispersos fulbes y otras fracciones más pequeñas. La activa explotación agrícola á que se dedica la inmensa mayoría de la población de Bornú hace creer que la densidad de la

misma debe ser bastante grande en los distritos fértiles y menor en las estepas. En efecto, el Norte está menos poblado que el Sud en donde extensos territorios pantanosos levantan una barrera infranqueable á la difusión de la población por ese lado. Pero aun las partes más pobladas lo están menos que las comarcas del Sudán occidental. Denham dice que viajando desde Kuka hacia el Sud á cada media hora se encuentra una aldea; muy pronto, sin embargo, cesa ese espectáculo y los campos de mijo y los arrozales son interrumpidos por la selva que ocupa la mayor parte del suelo. En Bornú no hay ciudades como Kano y otras del Sudán occidental, contando la que más 30.000 habitantes. Todas están amuralladas, aunque la mayoría de los muros son simplemente de barro y amenazan verse abajo.

La actual constitución del reino de Bornú es una prueba del derrumbamiento de la antigua institución aristocrática destruída por el islamismo favorable al despotismo y á la vida de harem y por la esclavitud. El Consejo (*Nokena*) que diariamente se reúne con el príncipe es una institución sin gran importancia que conserva las formas de un tiempo en el cual los soberanos tenían como consejeros á los representantes de las principales tribus ó familias, como lo exigían las costumbres de los pueblos del desierto; pero su esencia ha desaparecido. «Ciertamente — dice Nachtigal — que los libres kokenawas tenían la conciencia de su descendencia de gente libre enfrente de los esclavos del jeque, pero éste para nada se cuidaba de una noble cuna y el hombre libre se inclinaba ante el esclavo que gozaba del favor soberano.» La mayor parte de los cargos palaciegos estaban casi siempre desempeñados por esclavos en los cuales tenía el soberano una confianza infinitamente mayor que en sus propios parientes y compañeros de tribu. Por estas mismas razones está desde antiguo confiada la defensa del país especialmente á esclavos, en cuyas manos están casi todos los puntos estratégicos más importantes. A esto se agrega la numerosísima parentela de hermanos é hijos y de hijos de hermanos y hermanas que el príncipe ha de mantener y á quienes hace inofensivos. Los hermanos y los mismos hijos ambiciosos ó enérgicos son objeto de grandes suspicacias, y para alejarlos del lado del gobierno, se les confieren cargos administrativos en las más remotas provincias. Como los funcionarios no tienen sueldos fijos sino que disfrutan de las rentas anejas á sus cargos, la distribución de las provincias es otra fuente de influencia para los empleados palaciegos que se honran con la confianza del príncipe. Entre unos y otros, apenas les queda por consiguiente á los miembros del Consejo influencia política. Sólo de una manera extra-oficial algunos descendientes de guerreros ó de hombres de Estado ilustres disfrutan de cierto influjo que indica que aun en estos países la opinión pública no es tan impotente que nadie se atreva á ignorar sencillamente ciertas grandezas tradicionales. El Consejo de Bornú, según lo describe Nachtigal, se compone de los hermanos é hijos del jeque y de los consejeros que son, en parte, representantes libres de los diversos elementos de la población y, en parte, caudillos guerreros de procedencia esclava. Por la mañana preséntanse todos en el real palacio, y después de haberse quitado en la puerta los zapatos, el gorro y el albornoz permanecen inmóviles en los vestíbulos y en los patios arriados á las paredes ó acurrucados en el suelo, charlando y bromeando, murmurando y forjando intrigas hasta que electrizados por un estrépito musical de tambores, pitos, trompetas y cuernos se precipitan en el salón de recepciones y de sesiones, en donde penetra el rey acompañado de algunos de sus

hermanos é hijos y de unos cuantos eunucos, todos los cuales prorumpen en aclamaciones en loor del soberano tales como «¡La sabiduría! ¡El león! ¡El vencedor!» El monarca se tiende en el diván y cada uno de los presentes se agacha y ó rocía su cabeza con polvo del suelo ó por lo menos hace la pantomima de este testimonio de sumisión, pues el pavimento está tan bruñido que sería difícil arrancar de él con las uñas la cantidad de tierra necesaria. Un torrente de saludos, casi todos significando «¡Dios prolongue tu existencia!» brota de los labios de aquellos cortesanos que permanecen delante del rey con las piernas cruzadas por detrás y con el rostro inclinado hacia el suelo. El jeque murmura algunos *¡Afija! ¡Afija!* (¡Salud! ¡Paz!) ó

un *¡Marhaba!* (Bienvenidos) que son contestados con repetidos *¡Usse! ¡Usse!* Cada cual tiene señalado su puesto más ó menos cerca del rey según su dignidad: junto al diván real siéntanse los hijos y los hermanos; de los primeros, cinco tenían entonces asiento y voto en la *nokena*. Al lado y delante del jeque estaban sentados en filas los *kokenawas*, dignatarios libres de nacimiento que, al igual que los príncipes, tenían asiento y voto en la *nokena* y que eran los representantes de los principales elementos de la población, tales como los kanuris, kanembus, tibbus y árabes. Los kanuris estaban representados por dos consejeros, los kanembus y los tibbus por tres cada uno y los árabes por cinco. Los dos consejeros del jeque más importan-



Escudos de Baghirmi (Museo británico, Londres). $\frac{1}{8}$ de su verdadero tamaño

tes en tiempo de Nachtigal, el Lamino y el secretario de Estado Moallim Mohamed, no asistían á la asamblea á pesar de lo cual el primero tenía más poder que todos los consejeros juntos, hecho que por sí solo demuestra la debilidad de este Consejo. Parece extraño que la tribu dominante de los kanuris sea la que tenga menos representantes en el Consejo, pero esto se explica porque primitivamente el rey pertenecía á esta tribu la cual, por lo mismo, había de temer menos que los tibbus y que los árabes los atentados del poder real. Más que los consejeros habían perdido importancia los que desempeñaban empleos cortesanos á los cuales antiguamente iban anejos determinados derechos. La nueva dinastía no se había atrevido á destruir el antiguo orden jerárquico de los altos funcionarios, pero había debilitado la categoría é importancia de los mismos. Así pues subsistían y subsisten aún en Bornú los empleados tradicionales, pero á menudo sin conservar nada de la esencia de sus cargos. Esto no obstante merecen ser considerados porque están íntimamente enlazados con el desenvolvimiento histórico del antiguo reino de Bornú cuyo carácter aparece en ellos claramente impreso.

El funcionario más poderoso del antiguo reino era el general en jefe del país (*kaigama* ó *kegama*), siempre de origen esclavo. Como las expediciones guerreras se dirigían al mediodía, pues Bornú ha crecido constantemente de Norte á Sud, allí ejercía principalmente su actividad el

reterido funcionario; por esto en los tiempos antiguos encontramos que los distritos sometidos á su administración estaban emplazados en las circunscripciones fronterizas meridionales, desde las fronteras del reino de Sokoto hasta Logón. Hoy el título de kaigama casi está olvidado y el dignatario que todavía lo lleva, el *kajella bilal*, tiene su distrito administrativo al Este y al Sudeste del territorio. Después de aquel dignatario venía el *jerima*, libre de nacimiento, hijo de una princesa y jefe de los magomis, es decir, de la rama de los kanuris. El *jerima* gobernaba toda la parte Noroeste del reino y tenía la especial misión de vigilar atentamente á los tuaregs del Sudeste: hoy ha desaparecido casi por completo y el que tal título lleva es uno de los funcionarios más insignificantes. El tercer puesto de la antigua jerarquía ocupábalo el sucesor del trono, hijo ó hermano del rey, que ostentaba el título hoy poco usado de *chiroma*: la importancia de este cargo depende más que en ningún otro de las dotes personales del que lo desempeña. Este destino se caracteriza por la inspección de algunos territorios fronterizos y por la administración de algunos distritos de los cuales saca sus rentas. El esclavo encargado de cuidar de la seguridad personal del soberano que lleva el título de *ájerma* y tiene á su cargo la inspección de las caballerizas reales, era antiguamente un elevado funcionario: actualmente sólo conserva una sombra de su antigua importancia. El *galadima* ocupa una posición muy

particular: más bien vasallo que funcionario, tiene que presentarse de cuando en cuando en la corte y permanecer en ella una porción de meses; en cambio ejerce un gobierno casi independiente sobre los distritos del Oeste del Bornú propiamente dicho. Como este reino ha perdido territorios por este lado, la importancia del *galadima* ha disminuído. El *jitima beluma*, de origen libre, era el principal recaudador de contribuciones y gobernador del territorio Marghi: hoy en día nada queda de esta tan respetada dignidad. Del *hirima* y el *jurama*, gobernadores de determinados territorios que habían de acompañar al kaigamma en sus expediciones guerreras, sólo quedan los títulos. Muy otra fué la suerte del *digma* ó *dugma*, esclavo antiguamente simple secretario particular del príncipe, después encargado de facilitar el trato de los extranjeros con éste y finalmente delegado para recibir y entregarle á él y á los dignatarios los corderos que de todo el país se enviaban para la gran fiesta propiciatoria. Gracias á la condición de favorito que este cargo consigo trae, algunos de los que lo han desempeñado han conseguido ejercer gran influencia, de suerte que cuando Rohlfs se detuvo en Kuka era el funcionario más influyente. No sucedía lo propio en tiempo de Nachtigal, pero el que desempeña este destino cuida todavía de la administración de varios distritos cuyas rentas percibe y ha ganado en importancia tanto cuanto han perdido los demás funcionarios. A la clase de esclavos pertenecen también el *djegebada*, mensajero ó comisario regio dentro de la capital, el *arájinoma* que antiguamente ocupaba un alto puesto militar y en la actualidad lleva en las salidas del jeque la bandera delante de éste, y el *fugoma* á quien antes estaba confiado el gobierno de la capital y que hoy está únicamente al frente de Ngornu, la segunda ciudad del reino. El cargo de *kazalma*, que en su origen se confería á un hombre de libre cuna y que tiene que vigilar el distrito de Kazel contra los ataques de los tuaregs, ha sido modernamente confiado á los esclavos. Esclavos son también los empleados más influyentes encargados de custodiar las provisiones del rey. Sigue luego el *mulima*, esclavo inspector de las reales caballerizas: el *medela*, útil cargo que ha desaparecido por completo, hacía todos los años un viaje circular por todo el reino y daba cuenta detallada del estado de la administración, de la agricultura, de la industria y del bienestar de los habitantes. El *medela* era libre de nacimiento y tenía plenos poderes para todo cuanto á sus funciones se refería.

De mayor consideración que los más de estos funcionarios gozaban los eunucos, cuyo jefe, el *juroma*, tenía á su cargo el harem en las expediciones guerreras: detrás de él venían el *mistrema*, inspector del harem en tiempo de paz, y el *mala*, inspector supremo del palacio. De todos los funcionarios de la corte los eunucos son los que más han conservado el esplendor de su antigua posición y los que menos han visto menguar sus rentas. A su influencia júntase á menudo la de las mujeres que no suele ser escasa en todos los Estados negros mahometanos. El principal papel corresponde generalmente á la *magira*, reina madre, por más que su importancia no sea tan grande como en Baghirmi, Wadai, Darfur ó en el pequeño país de Mendara. Más en las dotes personales que en la posición que ocupa se basa la importancia de la *gumso*, principal esposa del soberano; algunas princesas conquistan gran influencia con sus intrigas amorosas.

Por este orden jerárquico se ve que en otro tiempo en Bornú el poder militar ocupó el puesto preferente que fué perdiendo á medida que la tranquilidad reinó en el país y que los soberanos se fueron debilitando. A pesar de ello,

Bornú es la gran potencia del Sudán y por esto concede todavía cierta importancia al núcleo del ejército al cual en caso de una gran guerra pueden unirse los contingentes de las distintas tribus del país. Ese núcleo está representado por los *kajellawa* (en singular *kajella*), los capitanes, de los cuales los más importantes tienen asiento y voto en la *nokena*: todos son esclavos y al frente de ellos se encontraba en tiempo de Nachtigal el *kajella bilal*, anciano de muy avanzada edad, que era jefe de la tribu kanembu de los sugurtis y soberano de una gran parte del Bornú sud-oriental y al propio tiempo inspector supremo de la soberanía de los makaris á lo largo del Xari. Otro *kajella* era jefe de los kanembus kuburis y vigilaba las fronteras sud-occidentales del reino. Además, casi cada porción de territorio tiene sus *kajellawa* al frente de un destacamento compuesto de unos 280 ó menos lanceros con coraza ó sin ella y de un número menor de jinetes é infantes armados de fusiles: los hay también que tienen á sus órdenes arqueros y lanceros idólatras. Hay también una guardia de corps montada y algunas tropas de infantería que rodean inmediatamente al jeque. En conjunto puede estimarse el ejército de Bornú en 1.500 jinetes con ó sin coraza, 1.000 fusileros montados ó de á pie y 2 ó 300 arqueros y lanceros idólatras: de todas estas fuerzas, el jeque sólo se cuida de la guardia de corps; las demás tropas las reclutan los capitanes, algunos de los cuales cuentan con grandes contingentes, gracias á la antigua fama y á las antiguas alianzas de sus antepasados, pues muchos *kajellawa* heredan su dignidad ó su tradición militar.

E. Barth describe en los siguientes términos el cuadro abigarrado que ofrecía este ejército en el momento de atravesar en la comarca de Wolodje y en vasta línea de batalla un claro dominado por altas palmeras dum: «La caballería pesada ó de línea con sus túnicas acolchadas, ó cotas de mallas, con sus cascos relucientes; los chús ligeramente vestidos y montados en caballos flacos pero vigorosos y armados únicamente con un puñado de venablos, el presuntuoso y vanidoso esclavo del príncipe vestido con su tobe de seda, el semidesnudo lancero kanembu armado de escudo y lanza, con su delantal medio desgarrado y su peinado berberisco, y á lo lejos el convoy de camellos y de bueyes de carga, todos animados de gran valor y esperanzados de conseguir un gran botín, se encaminaban hacia las comarcas del Sudeste.»

Cada príncipe, funcionario ó cortesano de Bornú, aun cuando su dignidad no sea militar, sostiene, cuando quiere tener importancia y consideración, regimientos ó compañías de las cuales dispone casi inmediatamente el soberano. Nachtigal estima en 4.000 el número de jinetes que de este modo hacen subir á 7.000 el contingente de los hombres constantemente en pie de guerra. En 1851 y con ocasión de las pomposas fiestas que cierran el gran período del ayuno, vió Barth en todo su esplendor á la caballería bornuana dividida en escuadrones de 100 á 200 hombres mandado cada uno por un capitán, *kajella*: los trajes que estas tropas vestían presentaban una variedad extraordinaria. Los que más se distinguían eran los escuadrones de línea: los jinetes llevaban en su mayoría una túnica larga y espesamente acolchada (*degibbir*), varios tobos de diversos colores y llenos de adornos de toda clase y un casco (*buge*) de metal ligero y lleno de lujosísimas plumas. Sus caballos de combate iban cubiertos con gruesas mantas (*libbedi*) de telas rayadas, llevaban descubiertos los pies y tenían puesta en la cabeza una plancha de metal que así les servía de adorno como de defensa. Otros jinetes ostentaban corazas de distintas clases. La caballería ligera sólo

llevaba dos ó tres brillantes tobos y pequeños gorros blancos ó de colores: los oficiales y los criados favorecidos usaban albornoces de tela fina ó basta echados sobre los hombros de modo que lo que más se viera fuese el forro de seda. En tiempo de Rohlfs (1866) se había empezado en Kuka á fundir pequeños cañones: este autor vió 15 cañones y un mortero colocados delante de la casa del general de infantería.

Estas fuerzas habrían sido bastantes para mantener el orden, vigilar las fronteras y realizar rápidas expediciones á los pequeños Estados vecinos á no haberse debilitado el espíritu guerrero que en otro tiempo animaba á los magnates y al pueblo, ó, por lo menos, á los elementos más activos y mejores del mismo. Pero durante el presente siglo el afán por los placeres y la afeminación adquirieron tales proporciones que la decadencia militar de este reino se ha hecho pública entre los vecinos; el joven reino de Wadai ha llegado á ser un terrible rival y aun una amenaza y muchas de las tribus idólatras de la frontera occidental tributarias y semi sojuzgadas han procurado aprovecharse de la debilidad de su soberano negándole los tributos, asesinando á sus embajadores y hasta alguno, como el príncipe vasallo de Sinder, tratando de fundar soberanías independientes. Varios de estos hechos motivaron amenazas de guerra y aprestos militares, pero en la corte de Kuka hubo personajes influyentes que pudieron disuadir al débil jeque de tomar resoluciones enérgicas. Esto no obstante, dicho sea de paso, no se han realizado por ahora las profecías que B. Nachtigal formuló en 1870 y que Rohlfs parecía confirmar acerca de la próxima caída de la dinastía del reino de Bornú, tan débil y poco militarmente representada actualmente por el anciano Omar.

La política de Bornú es por necesidad una política armada: por esto no es posible que dure mucho el sistema de debilidades del jeque Omar que se dejó insultar por Wadai, por Sokoto y hasta por los árabes aulad solimanes. Bornú necesita un soberano guerrero, pues su situación central es una fuente de poder y al propio tiempo de peligros. «Si la situación central de Bornú proporciona á este reino grandes ventajas, en cambio trae consigo el peligro de verse envuelto en continuas luchas con uno ú otro de los países vecinos, de lo cual resulta que no puede á la larga subsistir con un gobierno débil» (E. Barth). Si examinamos la periferia del antiguo reino del Sudán, encontraremos: al Norte las dependencias turcas que pueden ser muy peligrosas con sus gobernadores fuertes y semi independientes; al Noroeste los tuaregs siempre dispuestos á emprender correrías de rapiña: al Oeste el reino de Sokoto, desde hace algunas décadas inofensivo á consecuencia de la debilidad de sus soberanos y de sus divisiones intestinas; y finalmente al Este Wadai que «dotado de la fuerza virginal de un Estado todavía bárbaro, lleva en sí el germen de un gran desenvolvimiento de poder.» Estas palabras proféticas de Barth han sido confirmadas por los hechos: Wadai ha vencido á Baghirmi, ha amenazado á Bornú y ha dejado sentir su influencia hasta el Nilo fomentando, al decir de los egipcios, la sublevación del mahdi.

Desde el punto de vista económico el principal carácter distintivo de Bornú es la transición de la estepa al terreno cultivado, de una industria y un comercio insignificantes á una más intensa actividad industrial y mercantil, de un tráfico escaso á un movimiento considerable, de una población escueta á una población densa. En todos estos conceptos ocupa Bornú una situación intermedia impuesta por su propia naturaleza. A excepción de algunas selvas vírgenes, Bornú es un país esencialmente de estepas,

carácter al cual contribuye la llanura del suelo que sólo reviste aspecto montañoso en las provincias fronterizas del Oeste y del Sud. Desde las alturas probablemente más elevadas del reino que se alzan en la parte meridional y alcanzan una elevación de unos 1000 metros, desciende gradualmente el terreno hasta un nivel de 270, que es el del lugar en que está emplazado el gran lago, á cuyo alrededor el terreno es tan llano que en tiempo de sequía se hace difícil reconocer en él la dirección de la corriente de los ríos. Esta comarca es una comarca anfibia: las aguas del período de las lluvias se estancan en las más ligeras depresiones formando los lagos llamados *kulugu*, que la acción del sol y de la sequedad de la atmósfera secan al cabo de algunos meses. En un suelo tan llano como este no siempre la abundancia de aguas es causa de fecundidad, pues la tierra arcillosa que tanto abunda en el centro y en el Sud del país conviértese fácilmente en pantano que no deja prosperar las hortalizas, ni el cacahuete, ni el algodón en la medida del deseo. En cambio, la región septentrional del país más bien peca de sobrado seca y sólo pasajeramente comunican los chubascos de verano cierto encanto primaveral al cuadro gris uniforme de sus transparentes sotos de acacias y palmeras dum. En esta región en donde el carácter de estepa aparece fuertemente acentuado, hay terrenos ricos en natrón y prospera la palma datilera que anuncia la proximidad del desierto. Las palmeras dum llegan á formar verdaderos bosques en la parte Oeste del reino. En el centro de Bornú, entre los 13° y los 11° 30' de latitud Norte, la estepa, con ser uniforme, ofrece cierta riqueza no despreciable: la palmera deleb tiene aquí su límite septentrional y al Oeste crece el baobab en proporciones imponentes; al Sud aparece aislada la palmera oleífera y con ella el legendario algodonoero (*Eriodendron*) y el papayo común. La naturaleza sudanesa alcanza aquí su mayor desarrollo. La agricultura que no en todas partes utiliza el arado y la rastra, ni siquiera la azada, dedica en primer término su atención al cultivo de los cereales, de los que la *Penicillaria* crece en los terrenos arenosos y el sorgo y el maíz en las tierras duras. El algodonoero (*Kalkutton*) y el índigo (*alin* ó *nila*), cuyos nombres denotan su procedencia árabe, dos clases de cacahuetes, el sésamo, las judías y los melones son las más importantes de entre las otras plantas de cultivo. Únicamente en los alrededores de la capital, cerca de las residencias de los dignatarios y en las comarcas muy á propósito para ello cultivanse como frutos de invierno el trigo y la cebada que exigen mucho trabajo porque han de ser regados artificialmente. La trilla se hace á mano ó con bueyes. Las labores agrícolas son tarea de hombres y de mujeres, pero sobre las últimas pesan la preparación del aceite de sésamo y de cacahuete, la elaboración de las pepitas de *hedjliáj* y de los frutos de las palmeras dum y kurno, la limpia é hilado del algodón, la confección de entrelazados y además las faenas diarias de ordeñar, moler, guisar y preparar la manteca. Los hombres, en cambio, fabrican los aperos de labranza y otros instrumentos, labran vasijas de madera y de arcilla, tejen, cosen, preparan carbón vegetal y sal y confeccionan arreos. Para todos estos trabajos, de los cuales sólo algunos como los de herrería están confiados á especialistas, necesitase la ayuda de los esclavos. Cuando después de las lluvias los campos están suficientemente secos, empieza la época de los viajes de los grandes y pequeños comerciantes y la conducción de los productos agrícolas á Kuka y otras grandes ciudades de donde se sacan, en cambio, los productos de la industria así indígenas como norteafricanos y aun europeos.